

# GESTIÓN, VIDA COTIDIANA Y PRÁCTICAS BIBLIOTECARIAS EN LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES

UN ESTUDIO A PARTIR DE LAS «RAZONES DE GASTOS»  
DE 1824 Y 1826

ALEJANDRO E. PARADA\*

## 1. INTRODUCCIÓN

**A**L iniciar la redacción de este artículo la primera pregunta que se presenta es la siguiente: ¿para qué estudiar las rendiciones de gastos de una pequeña biblioteca pública perdida en los confines del «mundo civilizado» en la segunda década del siglo XIX? Y a esta interrogante, de compleja resolución, se agregan otras de igual trascendencia: ¿qué valor tienen hoy para nosotros un conjunto de datos administrativos en relación con el estudio de las prácticas de lectura en un momento histórico determinado? ¿es posible deducir, a través de la fría enumeración de elementos cuantitativos, una aproximación interpretativa y vívida de la Biblioteca Pública de Buenos Aires durante los años 1824 y 1826? y, finalmente, ¿cuál es la utilidad del discurso administrativo (pobre y monótono) para abordar el balance de una gestión bibliotecaria?

La respuesta a éstas u otras preguntas similares resulta inequívoca: gracias a las «razones de gastos» de una institución, en este caso la famosa Biblioteca creada por la Junta de Mayo en 1810, se presenta una oportunidad única e inmejorable para reconstruir la gestión y la vida cotidiana de dicho establecimiento.

En el Archivo General de la Nación existen dos «razones de gastos» de la

\* Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Universidad de Buenos Aires, [aparada@filo.uba.ar](mailto:aparada@filo.uba.ar)

Biblioteca correspondientes a los años 1824 y 1826, redactadas por quien fuera su Director en ese entonces, el Dr. Manuel Moreno<sup>1</sup>. El objetivo de este trabajo consiste en rescatar la cotidianidad de esa institución a partir de una lectura narrativa y cualitativa de dichas «razones». Es decir, se trata de estudiar la administración y las políticas de gestión de la Biblioteca desde el discurso de la vida diaria.



FIG. 1. Manuel Moreno, 1782-1857.

Luego de un primer acercamiento cuantitativo se intentará ir más allá de esta mirada, aunque toda aproximación interpretativa necesita basarse en datos y guarismos de diversa índole, con el objetivo de abordar la variedad y complejidad de tareas, tanto importantes como menores, que implicaba una gestión bibliotecaria en esa época de grandes turbulencias políticas en la Argentina. El ámbito de dirigir y organizar una Biblioteca Pública a comienzos del siglo XIX requería, sin duda, de una administración que contemplara, al menos, un servicio digno y adaptable a las necesidades de los usuarios y, sobre todo, a sus usos y prácticas de lectura.

## 2. BREVE SITUACIÓN DE LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES DURANTE EL PERÍODO 1820-1828

La Biblioteca Pública de Buenos Aires fue fundada a instancias de la Junta de Mayo en septiembre de 1810, siendo su primer protector el abogado de tendencia jacobina Mariano Moreno. Tras algunas vicisitudes y postergaciones la inauguración definitiva se materializó el 16 de marzo de 1812, durante la administración del Primer Triunvirato y bajo el aliento de su secretario, Bernardino Rivadavia. No obstante, y dejando de lado varias discusiones y desavenencias, el verdadero impulsor de su organización bibliotecaria, puesta en funcionamiento y posterior incremento fue el presbítero Luis José Chorroarín (1757-1823), quien estuvo a cargo del establecimiento, aunque no en forma continua, desde el 10 de enero de 1811 hasta el 7 de septiembre de 1821.

El contexto sociocultural que propició la apertura de la Biblioteca tuvo sus orígenes en un conjunto de acontecimientos de gran importancia para el desarrollo de la lectura pública y sus prácticas, tales como las ideas alentadas por el

<sup>1</sup> Archivo General de la Nación (Argentina). Sala X, 42-8-2.

Iluminismo y la Revolución Francesa, el incipiente movimiento bibliotecario que en 1731 había iniciado Benjamin Franklin con la fundación de la Library Company of Philadelphia, y el sostenido acceso a la cultura escrita e impresa de importantes sectores de la población a partir de mediados del siglo XVIII.

La inauguración de esta agencia social en Buenos Aires, más que un hecho estrictamente revolucionario, fue una medida de política cultural estatal; es decir, una afirmación ideológica del nuevo gobierno que, además, formaba parte de un largo proceso cuyas raíces se encontraban en el período hispánico y en cual los habitantes de Buenos Aires tuvieron una participación activa en la formación de su acervo bibliográfico a través de donaciones de dinero y de libros. La Biblioteca, pues, y este punto es de fundamental importancia, fue una empresa de muchos, una benéfica asociación de los intereses culturales de los ciudadanos y los intereses políticos (de «instrucción pública») del Gobierno.

Luego de la brillante gestión de Chorroarín, y tras el breve interregno de Saturnino Segurola (1821-1822), el Dr. Manuel Moreno, hermano menor de Mariano, fue nombrado director del establecimiento el 5 de febrero de 1822, cargo que desempeñó hasta el 25 de noviembre de 1828<sup>2</sup>. Esbozar la biografía del Dr. Manuel Moreno<sup>3</sup>, así como la heterogénea y dispersa bibliografía de la Biblioteca Pública de Buenos Aires<sup>4</sup> excede, holgadamente, los límites y objetivos

2 Una cronología detallada y muy documentada de los primeros directores de la Biblioteca es la que establece José Torre Revello, «Biblioteca Nacional de la República Argentina», *Revista de la Asociación Cultural de Bibliotecarios*, 2, 5 (1943), pp. 15-17.

3 Para un estudio de la vida y obra del Dr. Manuel Moreno, véase: Marcial I. Quiroga, *Manuel Moreno*, Buenos Aires: Eudeba, 1972 (Biblioteca cultura; col. Argentina); y Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, Buenos Aires: Elche, 1975, 4, pp. 661-664.

4 Para una bibliografía sobre la historia de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (desde 1884 Biblioteca Nacional), son de interés los trabajos siguientes: Hugo Acevedo, «Reseña histórica de la Biblioteca Nacional de la República Argentina», *Boletín de la Asociación Española de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas (ANABAD)*, 42, 3-4 (1992), pp. 13-35. [2ª ed. Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica (ABINIA), *Historia de las bibliotecas nacionales de Iberoamérica: pasado y presente*, coords. José G. Moreno de Alba y Elsa M. Ramírez Leyva, México: UNAM, 1995, pp. 3-24]; Francisco C. Actis, *Algo de lo que hizo el clero por Mariano Moreno y la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, Buenos Aires: Difusión, [s.f.]; Paul Groussac, «Prefacio», en *Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional seguido de una tabla alfabética de autores. Tomo primero. Ciencias y artes*, Buenos Aires: Biblioteca Nacional, 1893, pp. V-XCIX; A. L. Lucero, *Nuestras bibliotecas desde 1810*, Buenos Aires: Imprenta Coni, 1910; Ana Inés Manzo, «Mayo y los orígenes de la Biblioteca Nacional», en *Algunos aspectos de la cultura literaria de Mayo*, La Plata: Universidad Nacional de la Plata; Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 1961, pp. 161-185; Juan Carlos Merlo, «Historia de la Biblioteca Nacional», *Biblioteca*, 1, 1-4 (1993-94), pp. 56-59, pp. 72-57, pp. 76-80 y pp. 74-77; Alberto

del presente trabajo. No obstante, es importante señalar que el Dr. Moreno (1782-1857) además de médico, químico, político y diplomático, desempeñó una importante actividad como funcionario bajo distintos gobiernos y en circunstancias, a veces, dramáticas del país. De carácter adusto y grave, con más enemigos que amigos, fue un polemista agrio y de temer.

Gracias a los almanaques de la época y a los testimonios de algunos viajeros se puede reconstruir, parcialmente, la situación de la Biblioteca durante la gestión de Manuel Moreno. Prueba de ello son los almanaques de J. M. M. Blondel (1826 y 1829) y de Bernabé Guerreros Torres<sup>5</sup>. Una noticia de la guía de Blondel para el año 1829 afirmaba, entre otros conceptos, que la Biblioteca

Habiendo empezado con pocos libros que en su origen pudieron reunirse, y sin tener estos entonces toda la variedad y riqueza que reclamaba la instrucción de una población numerosa, hoy día forma una colección respetable que comprende todas las ciencias, y los diversos ramos de la literatura y artes. El número de libros destinados al uso general, asciende a más de 18.000 volúmenes...<sup>6</sup>

Y el famoso viajero francés Arsène Isabelle, que estuvo en Buenos Aires a principios de la década del treinta, admirado por la gestión civilizadora del presidente Bernardino Rivadavia, sostenía, con sincero entusiasmo, lo siguiente:

Palcos, «La cultura pública y los comienzos de la Biblioteca Nacional», en su *La visión de Rivadavia: ensayo sobre Rivadavia y su época hasta la caída del Triunvirato*, Buenos Aires: El Ateneo, 1936, pp. 208-212; Agustín Piaggio, «El clero y la Biblioteca Pública», en su *Influencia del clero en la independencia Argentina (1810-1820)*, Barcelona: Gili, 1912, pp. 175-198; María Ángeles Sabor Riera, «La Biblioteca Pública de Buenos Aires», en su *Contribución al estudio histórico del desarrollo de los servicios bibliotecarios de la Argentina en el siglo XIX*, Resistencia: Universidad Nacional del Nordeste; Secretaría de Coordinación Popular y Extensión Universitaria; Dirección de Bibliotecas, 1974, 1, pp. 26-50; Horacio Salas, «De libros y bibliotecas», en *Biblioteca Nacional*, Buenos Aires: M. Zago, 1997, pp. 27-87; Nicanor Sarmiento, *Historia del libro y de las bibliotecas argentinas*, Buenos Aires: Impr. Veggia, 1930; Manuel Ricardo Trelles, «La Biblioteca de Buenos Aires», *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires*, 1 (1879), pp. 458-510; José Luis Trenti Rocamora, «Aportes para la historia de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires y para una lista de sus publicaciones», *Boletín de la Sociedad de Estudios Bibliográficos Argentinos*, 4 (1997), pp. 51-90; José Luis Trenti Rocamora, «Primeros libros comprados por la Biblioteca Nacional de Buenos Aires», *Revista Argentina de Bibliotecología*, 1 (1998), pp. 57-64.

5 J. M. M. Blondel, *Almanaque político y de comercio de la ciudad de Buenos Ayres para el año 1826*, pról. Enrique M. Barba, Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 1968, pp. 81-82 (ed. facs.); J. M. M. Blondel, *Almanaque de comercio de la ciudad de Buenos Aires para el año 1829*, Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1829, p. 126; y Bernabé Guerreros Torres, *Guía de forasteros y almanak histórico-estadístico de América. Año de 1826*, Buenos Aires: Imprenta Argentina, 1826, pp. 64-65.

6 J. M. M. Blondel, *Almanaque... año 1826*, p. 82; J. M. M. Blondel, *Almanaque... año 1829*, p. 64.

La biblioteca es una de las mil instituciones debida a las luces de Rivadavia; primitivamente... sólo contenía algunos millares de libracos in-folio, con un número bastante grande de manuscritos en latín y español, que trataban oscuros puntos de teología, medicina, controversias y graves futesas. Desde 1820 hasta 1828, se ha enriquecido sucesivamente con libros de historia, jurisprudencia, moral, ciencias exactas y naturales, de literatura propiamente dicha y una gran cantidad de álbumes de viajes y grabados de toda clase; hoy día ocupa cinco salas y el número de volúmenes alcanza a veinte mil. Más de la mitad son libros franceses. Está abierta todos los días no feriados y la facilidad de leer los periódicos de Buenos Aires la ha convertido en un gabinete de lectura<sup>7</sup>.

Si bien este juicio es muy laudatorio en cuanto a la situación de la Biblioteca durante el período 1820-1828, las «razones de gastos» elevadas por Manuel Moreno presentan un panorama no tan positivo y alentador, tal como se observará a largo del presente trabajo. De este modo, son varias las menciones contemporáneas a la Biblioteca de esa época. Sin embargo, se ha optado por seleccionar algunas de las más representativas, con la finalidad de tener una visión panorámica de su estado general bajo la mirada tanto de los residentes en Buenos Aires como de los extranjeros<sup>8</sup>.

Restan, en esta brevíssima relación informativa, ciertos datos de importancia. La Biblioteca estaba ubicada en la denominada «Manzana de las Luces»,

7 Arsène Isabelle, *Viaje a Argentina, Uruguay y Brasil, en 1830*, Buenos Aires: Editorial Americana, 1943 [1835], p. 145.

8 Una breve reseña bibliográfica sobre los documentos contemporáneos (fundamentalmente publicados en la prensa porteña de entonces) que tratan de los primeros años de vida de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, se enlista a continuación: *Gaceta de Buenos Aires*, 15 (jueves 13 de septiembre de 1810), p. 234-236; *Gaceta de Buenos Aires*, 28 (viernes 13 de marzo de 1812), p. 112; *El Censor*, 11 (martes 17 de marzo de 1812), p. 41, en Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires: Senado, 1960, 7, pp. 5845; *El Grito del Sud*, 1, 7 (martes 25 de agosto de 1812), pp. 54-56; *El Grito del Sud*, 1, 8 (martes 1 de septiembre de 1812), pp. 57-61; *El Grito del Sud*, 1, 9 (martes 8 de septiembre de 1812), pp. 65-68; *El Grito del Sud*, 1, 10 (martes 15 de septiembre de 1812), pp. 73-76; *La Prensa Argentina: semanario político y económico*, 6 (martes 17 de octubre de 1815), pp. 4-5, en Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires: Senado, 7, 1960, pp. 5946-5947; *El Americano*, 10 (viernes 4 de junio de 1819), pp. 4-5; *El Argos de Buenos Aires*, 21 (sábado 25 de agosto de 1821), en *El Argos de Buenos Aires: 1821*, Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana, 1937, p. 129; *El Argos de Buenos Aires*, 34 (sábado 24 de noviembre de 1821), en *El Argos de Buenos Aires: 1821*, Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana, 1937, p. 332; *El Argos de Buenos Aires*, 19 (sábado 23 de marzo de 1822), en *El Argos de Buenos Aires: 1822*, Buenos Aires: Junta de Historia y Numismática Americana, 1937, p. [77]; *El Centinela*, 34 (domingo 30 de marzo de 1823), p. 187-188, en Senado de la Nación, *Biblioteca de Mayo*, Buenos Aires: Senado, 1960, 9, pp. 8469-8470.

en la esquina formada por las actuales calles de Moreno y Perú<sup>9</sup>. Durante la gestión de Manuel Moreno, en marzo de 1822, se le asignó «la parte contigua de la casa alta, la primera de las del Estado, viniendo de la Imprenta de Expósitos», y se distinguía por su «escalera doble». Es así como, «refaccionadas las salas primitivas, allí quedó instalada...[con] sus estantes abiertos y su mesa maciza<sup>10</sup>».

Con motivo del decreto oficial del 13 de noviembre de 1821<sup>11</sup>, en el cual se demandaba realizar el inventario de la Biblioteca al asumir un nuevo Director, el Dr. Moreno informó, en el *Registro estadístico* de 1823, que el establecimiento poseía «17.229 volúmenes de impresos, fuera de 1.500 duplicados y destinados a la venta». El registro de la institución, también para 1823, sumó 3.284 lectores, aunque el número de estos debía de ser superior, pues sólo se consignaban los usuarios que solicitaban libros para leer en sala y no las consultas de información o referencia. La mayoría de los concurrentes eran oriundos de la ciudad de Buenos Aires (2.174); los restantes, tanto de las provincias del interior (677) como extranjeros (426)<sup>12</sup>. El personal de la Biblioteca estaba formado por el Director, un Subdirector (cargo que fue suprimido en septiembre de 1821), dos dependientes, y el portero, es decir, un plantel de cuatro personas. En líneas generales, la Biblioteca comprendía físicamente la sala de lectura y los ambientes en que se distribuían las obras procesadas: las Salas de Ciencias, Historia, Letras Sagradas, Moral, Bellas Artes y Política<sup>13</sup>.

### 3. APROXIMACIÓN AL CONCEPTO DE «RAZÓN DE GASTOS»

La «razón de gastos» era una especie de memoria anual de las tareas realizadas por la Biblioteca de Buenos Aires; sin embargo, más que una memoria tal como hoy la conocemos se trataba de un detalle de los desembolsos realizados por dicho establecimiento. El hincapié estaba puesto, pues, en los ingresos y en las salidas de dinero a lo largo de un año. La rendición se realizaba en diciembre de cada período y el contenido de la misma consistía en detallar las «consignaciones» (dinero dado por el Estado para el mantenimiento general de

9 Julián A. Vilardi, *La Manzana de las Luces y el Colegio Nacional de Buenos Aires*, Buenos Aires: Academia Literaria del Plata, 1939, p. 34.

10 *El Argos de Buenos Aires*, 19 (sábado 23 de marzo de 1822), p. 77; Paul Groussac, «Prefacio»..., pp. XXVII-XXVIII; José Torre Revello, *Biblioteca Nacional...*, pp. 13-14.

11 [Pedro de Angelis], *Recopilación de las leyes y decretos promulgados en Buenos Aires desde el 25 de mayo de 1810, hasta el fin de diciembre de 1835*, Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836, I, pp. 230-231.

12 Paul Groussac, «Prefacio»..., p. XXIX.

13 Hugo Acevedo, «*Reseña histórica de la Biblioteca Nacional...*», p. 8.

la institución, incluyendo los sueldos del personal) y las «erogaciones» realizadas. El escrito se elevaba a la Contaduría General y debía ser aprobado por dicha repartición.

La memoria o «razón de gastos» de una institución es, por definición, un relato escrito que da cuenta de las actividades realizadas, de los ingresos y los dispendios que se han llevado a cabo durante un ejercicio anual. Esta relación se caracteriza por su exposición netamente administrativa y cuantitativa. Se trata de un discurso técnico y enumerativo, con la presencia de figuras expresivas recurrentes. La falta de fluidez discursiva se suplanta por la contundencia de giros aparentemente inequívocos, propios de los lugares comunes que presentan los informes internos de la burocracia estatal. Es necesario señalar dos elementos a tener en cuenta en esta clase de escritos: su condición de textos internos e inéditos (pensados para transmitir una información meramente funcional) y, además, su perfil de relativa objetividad (pues se debe demostrar, con recibos y documentos, las expensas realizadas).

Empero, el concepto «razón de gastos» debe verse como un discurso dinámico de gran importancia para el estudio moderno de la Historia de las Bibliotecas y de la Lectura. Dicho concepto se caracteriza por su condición de relato expositivo que recupera el horizonte y la memoria de una institución. Pensados para una información funcional de entradas y salidas de bienes, tanto materiales como culturales (libros), en la actualidad rescatan la organización y el desarrollo de la Biblioteca en un momento histórico determinado. A través de ellas es posible reconstruir las necesidades de ese establecimiento y, fundamentalmente, la vocación omnipresente de los usos de la cultura escrita e impresa. Por otra parte, su estudio sistemático permite trazar la importancia de esta agencia en la estructura del Estado. El saldo del relevamiento de las consignaciones y de los gastos posibilita reconstruir, entonces, la capacidad de compra de dichos bienes y la autonomía de la institución.

La «razón de gastos» posee un elemento suplementario de gran valor histórico: es la matriz con la cual se diseña la historia de la vida diaria de la Biblioteca. Constituye, pues, el discurso interno donde se tejió, día a día, su funcionamiento. Pero existen otras pautas que subyacen en los balances de las bibliotecas y que han pasado desapercibidas hasta ahora: las memorias son documentos de primera mano para elaborar, en un futuro, las *Historia de las Ideas de la Bibliotecología en la Argentina*; es decir, uno de los elementos fundamentales para reconstruir la historiografía de esta disciplina.

Finalmente, se presenta otro aspecto de real interés en torno a las memorias. Gracias a ellas es posible obtener ciertos datos sobre los usos y las prácticas de la lectura y de la escritura que no existen, dado su difícil registro y preserva-

ción, en otros tipos de documentos que han perdurado hasta nuestros días. Estos aparentemente inofensivos y lacónicos informes constituyen una modesta —pero vital— puerta de entrada al polifacético universo de las modalidades «aprehensivas» de la historia de la cultura.

#### 4. LA MIRADA CUANTITATIVA: ASIGNACIONES, GASTOS Y ADMINISTRACIÓN GENERAL DURANTE LA GESTIÓN DE MANUEL MORENO

##### 4.1. *Ingresos y gastos*

El Gobierno, como a toda dependencia pública, asignaba una partida para los gastos anuales de la Biblioteca. La responsabilidad del director consistía en llevar el detalle de las erogaciones realizadas. Tal como se ha observado, «la razón de gastos» era una especie de memoria pecuniaria, donde muchos hechos de la institución no eran relatados, justamente, porque no implicaban una salida. Además de administrar y dirigir técnicamente al establecimiento, también era responsabilidad del Director elevar a la Contaduría General el resumen de las erogaciones efectuadas. Dos facultativos de esta Contaduría —Victorino Fuentes (1824) y José del Rebollar (1826)— fueron los que aprobaron, prácticamente sin objeciones algunas, las «razones de gastos» de Manuel Moreno para esos años.

Durante los años 1824 y 1826 el presupuesto varió considerablemente. En 1824 el monto asignado (denominado «cargo» por Moreno) fue de \$ 1.488 (más 10 pesos a favor de la gestión de 1823), es decir, una razón de \$ 124 por mes; y los gastos («data») para ese mismo período fueron de \$ 1.365, 1 real, restando \$ 132, 7 rs. (los que permanecieron pendientes para abonar varios encargos de libros que se hicieron a Europa). En 1826 la partida sufre un incremento de \$ 858, ya que totaliza \$ 2.346, 3½ rs., a razón, en líneas generales, de \$ 195 por mes; y los gastos de dicho año totalizaron \$ 2.186 con 4½ rs., restando en esta oportunidad, \$ 159 con 7½ rs. («destinado a compra pendiente de libros»).

A primera vista parece un presupuesto adecuado; sin embargo, al estudiar las liquidaciones que eleva Manuel Moreno, se

| Año de 1824                          |   |      |
|--------------------------------------|---|------|
| Ingresos que ha tenido la Biblioteca |   |      |
| Enero                                | Por la asignación de la Biblioteca pagada por la Contaduría General el 2 de febrero                               | 124  |
| Febrero                              | Por la asignación de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Contaduría General en 5 de febrero    | 124  |
| Marzo                                | Por la asignación de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Contaduría General en 2 de abril      | 124  |
| Abril                                | Por la asignación de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Contaduría General en 1 de mayo       | 124  |
| Mayo                                 | Por la asignación de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Contaduría General en 3 de junio      | 124  |
| Junio                                | Por la asignación de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Contaduría General en 2 de julio      | 124  |
| Julio                                | Por la asignación de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Contaduría General en 2 de agosto     | 124  |
| Agosto                               | Por la asignación de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Contaduría General en 1 de septiembre | 124  |
| Septiembre                           | Por la asignación de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Contaduría General en 2 de octubre    | 124  |
| Octubre                              | Por la asignación de la Biblioteca correspondiente a este mes pagada por la Contaduría General en 2 de noviembre  | 124  |
|                                      |   | 1824 |

FIG. 2. Ingresos de la Biblioteca en el año 1824.



manifiesta la crítica insuficiencia de estos fondos, pues el Director debía afrontar con esta cantidad la totalidad de las necesidades de la institución, donde la compra de libros era, lamentablemente, una erogación menor<sup>14</sup>.

#### 4.2. Personal

El análisis de los sueldos del personal demuestra esta dramática situación. No obstante, antes de abordar este tópico, es necesario detenerse en los empleados con que contaba la institución en ese entonces. El número de personas contratadas era sumamente exiguo, ya que en dicha época la Biblioteca tenía sólo cuatro personas (contando al Director) para administrar más de 18.000 volúmenes distribuidos en varias salas y en un edificio de altos. Las tareas por ellos realizadas se detallan más adelante; empero, es justo y pertinente rescatar sus nombres, funciones y honorarios. En 1824 los «dependientes» eran Mariano Moreno (hijo del Secretario de la Primera Junta y sobrino del Director) y Vicente Robles (posteriormente, en marzo, debido a su retiro, fue reemplazado por Juan Miguel Costa). A ellos debe sumarse el portero de la casa: José Santos. Para el ejercicio de 1826 los dependientes eran, a principios de año, el ya mencionado Costa y Francisco Castelli (se había retirado Mariano Moreno, hijo); poco después, hacia mediados del ejercicio, Castelli es sustituido por Ángel Padilla, quien, en un primer momento, estuvo asignado a mantener los catálogos; en cuanto a Santos, éste continuó en sus labores de portero.

Pero los sueldos, en cierto sentido, se transformaron, de hecho, en la sangría inevitable de la Biblioteca. Para evitar un detalle fatigoso de gua-

He recibido del Sr. Director de la Biblioteca D.<sup>o</sup> Manuel Moreno, la cantidad de veinte un pesos, como dependiente a mi sueldo del mes de Mayo —  
 Junio 3 de 1826  
 Juan Miguel Costa

FIG. 3. Liquidación del sueldo de Juan Miguel Costa.

<sup>14</sup> Los presupuestos de la Biblioteca fueron significativamente superiores en otros ejercicios anuales. Tal como lo ha documentado José Luis Trenti Rocamora en 1811 el monto total ascendió a 4.829 pesos; en 1812, a 6.377 pesos; y en 1813, a 2.142 pesos (los ingresos de 1826 fueron levemente superiores). Estas cifras incluyen, por otra parte, los sustanciosos ingresos obtenidos al transformar la institución «en un centro de venta de libros». (José Luis Trenti Rocamora, «Primeros libros comprados...», pp. 58-59 y p. 63). También es importante destacar que estos montos se incrementaron gracias a los salarios donados, en parte o totalmente, por Chorroarín y por el Subdirector P. Saturnino Segurola. (Cf. además: Ricardo Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: estudio histórico sobre la fundación y formación de la Biblioteca Pública en 1810 hasta su apertura en marzo de 1812*, Buenos Aires: Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1938, Documento n.º. 37, pp.152-161).

rismos se tomará la media de los mismos y se confrontará con el total de las asignaciones anuales. El Director ganaba, tomando por ejemplo el año 1826, aproximadamente \$ 67 por mes (lo que implicaba un monto anual de alrededor de 800 pesos); los dependientes sumaban entre 30 y 31 pesos (alrededor de \$ 372 cada uno por ejercicio); y el portero recibía 14 pesos mensuales (\$ 168 al año). Vale decir, que al sumar la totalidad de los sueldos anuales el resultado arroja una erogación salarial de 1.377 pesos. Si el presupuesto para el período 1826 era de \$ 2.346, el gasto en sueldos implicaba casi el 60% (exactamente el 58,6%).

De este modo, Manuel Moreno sólo contaba con el 40% (\$ 969) para hacer frente y solventar sus gastos, tales como el mantenimiento del edificio, los materiales de escritura de los lectores, la calefacción de las salas, las erogaciones eventuales e inesperadas, los gastos menores que surgían en el momento menos pensado y, por último, la adquisición de libros. Realmente, un presupuesto que exigía imaginación y malabarismos administrativos.

#### 4.3. *Una práctica común: la venta de libros duplicados y deteriorados*

La venta de obras duplicadas y de ejemplares deteriorados como papel fue una práctica muy rentable desde los comienzos de la Biblioteca. Un ejemplo notable de ello fueron las ganancias que consiguió Chorroarín cuando desarrolló esta empresa durante su dirección. Las cifras no eran, bajo ningún concepto, desdénables, pues en 1812 y 1813 incrementó las arcas del establecimiento, respectivamente, en 1.058 y 913 pesos<sup>15</sup>. Esta política de incremento presupuestario también la continuó el Dr. Manuel Moreno, tal como lo confirma la lista de libros en venta que se publicó en el *Argos de Buenos Aires* el 23 de marzo de 1822<sup>16</sup>.

Sin lugar a dudas el punto más vulnerable de la gestión bibliotecaria de Moreno fue la obtención de nuevas obras y la suscripción a los periódicos. Aún no se hallado la documentación que confirme si el Administrador de la Imprenta del Gobierno cumplía con el requisito, tal como lo sostenía el *Reglamento* de 1812, de hacer llegar a la Biblioteca un ejemplar de cada libro editado. De ser así, dicha dependencia también pudo obrar como medio para incorporar nuevos libros, aunque el trabajo de ese taller distaba, en mucho, de producir una gran variedad de títulos.

15 Ricardo Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública...*, pp. 155 y 157.

16 El anuncio comenzaba del modo siguiente: «La Biblioteca tiene una colección numerosa para venta, que puede verse en ella. De entre ella se elige la presente LISTA DE LIBROS...» Dicha lista estaba formada por 29 títulos y, tal como se colige del aviso, sólo se trataba de una selección del total de los ejemplares disponibles para su venta a particulares. Cf. *El Argos de Buenos Aires*, 19 (sábado 23 de marzo de 1822), p. 77.

¿Cuál fue, entonces, la estrategia seguida para las modestas adquisiciones bibliográficas de ese período? Se apeló a lo que ya se había hecho en varias ocasiones desde la inauguración de la Biblioteca, esto es, a la venta de duplicados y ejemplares deteriorados. El dinero que obtuvo Moreno fue prácticamente insignificante. Empero, en varias instancias ayudó a redondear un presupuesto mezquino y, lo que es más importante, a alentar la compra de algunos títulos, aunque esto último siempre en una escala muy reducida.

El año 1826 es rico en esta clase de iniciativas. Veamos algunos ejemplos de ello. En mayo se liquidó en 4 pesos una obra de Benedicto XIV; en junio el cónsul inglés Mr. Parish adquirió en 12 pesos «tres tomos de gazetas, a saber, el Censor 2 vol., la Prensa Argentina 1 vol. en perg»; en agosto se consiguieron \$ 5, 4 rs. «por libros viejos vendidos al Dr. Agrelo, a saber, Faria aditiones Ad Covarrubias 2 vol. perg. fo... y Faria Covarrubias ementeatus [sic] 1 vol. perg. fo.»; en septiembre ingresaron 3 pesos «por 4 tomos de Febrero truncos, vendidos a Castro»; y en noviembre se vendió en 12 pesos «la obra de Domínguez (Dn. José Migl.) Ilustración y continuación de Curia Filipica 3 vol. f.». Existía además un conjunto de obras que no se podían vender por falta de interesados, debido a su avanzado estado de deterioro físico; prueba de ello son los seis pesos que ingresaron por la venta de «seis libros viejos —lamentablemente se ignoran sus títulos— vendidos como papel viejo a Martínez».

Esas ventas plantean, inequívocamente, una duda de difícil resolución. ¿Cuáles eran los criterios de selección para «liquidar» ciertos ejemplares? Todo descarte, sin duda, representa una opción entre muchas. Una elección que se encuentra pautaada, tal como acontece en este caso, por la necesidad económica. No cabe duda que individuos con una sólida formación, el Dr. Pero José Agrelo y el cónsul Woodbine Parish, vieron una inmejorable oportunidad para obtener obras de su interés a un precio muy accesible. Pero esto se enmarca en otra historia en el acontecer de toda biblioteca: la dialéctica entre la necesidad de los recursos y la decisión de obtenerlos a través de la venta de sus duplicados o ejemplares truncos. No obstante, queda claro que no existía una «política de descarte», pues todo estaba pautaado por las necesidades y las urgencias económicas del momento.

En este tópico también es necesario puntualizar sobre un aspecto, al parecer, oculto, pero siempre presente en los modos de relacionarse las profesiones (en este caso los bibliotecarios) con los objetos, sean culturales o materiales. La venta de libros y su descarte era una práctica bibliotecaria relacionada con los múltiples e infinitos usos del universo de la cultura escrita e impresa. Es imposible separar, pues, las prácticas de lectura de los modos de representación cultural que ellas implican y conllevan; conductas que pautan y enmarcan, inequívocamente, el modo coral y orquestal de relacionarse con el libro.

#### 4.4. *Adquisición de libros*

A pesar de las limitaciones presupuestarias con las cuales debió enfrentarse durante su gestión, Manuel Moreno logró comprar algunos libros para acrecentar el acervo bibliográfico de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. El año 1824 fue, holgadamente, mucho más fructífero en este aspecto, pues pudo destinar casi 250 pesos a la compra de libros; es decir, el 16,7 % de la partida destinada a los gastos totales de la institución. Por el contrario, el ejercicio 1826 se caracterizó por la ausencia de fondos destinados a la adquisición de obras, ya que sólo se invirtieron 10 pesos<sup>17</sup>.

La Dirección de la Biblioteca durante sus primeras décadas de vida estuvo signada por esta pobreza de medios para obtener libros y suscribirse a publicaciones periódicas. Si bien en muchos períodos de su historia las donaciones fueron escasas, siempre constituyeron una de las principales fuentes de ingresos. Pero es necesario señalar que las donaciones no siempre favorecieron el desarrollo de la colección, pues en varias oportunidades se trataba de ejemplares duplicados o de obras que no correspondían a las necesidades bibliográficas de la época.

Gracias a las «razones de gastos» de los años 1824 y 1826, es posible determinar las compras de libros realizadas por la Biblioteca y, por ende, identificar aquellos títulos que se consideraban indispensables para enriquecer el patrimonio de la institución.

Mariano Lozano fue el principal librero al cual recurrió la Biblioteca en 1824. El monto total que desembolsó Moreno en su librería ascendió a 159 pesos y 4 reales; sin duda, una cifra importante, dentro de la modestia de los recursos con que contaba. La librería de Mariano Lozano, ubicada en la Calle Paz n° 2, de una ingente y aun no reconocida labor durante muchos años en el comercio librero de Buenos Aires, no era realmente una librería: se trataba de una tienda que vendía todo tipo mercaderías<sup>18</sup>. Esta situación no es extraña. Además de los conocidos libreros de la época (Jaime Marcet, Juan Manuel Ezeiza, Rafael Minvielle, Michel Riesco, los hermanos Duportail, Luis Laty, y la Librería de la

17 Durante la gestión de Chorroarín las partidas destinadas para la compra de libros, tanto en Buenos Aires como en el exterior, fueron infinitamente superiores. Las cifras siguientes son elocuentes en este punto: en 1811 se destinaron 473 pesos con 7½ reales; en 1812, además de 534 pesos y 5 reales, se asignaron 4.605 pesos a Manuel Hermenegildo de Aguirre para la adquisición de obras en Londres; y en 1813 se superó los 1.600 pesos (\$500 consignados a Aguirre, \$600 entregados a Antonio Cándido Ferreyra para la compra de impresos en Río de Janeiro, \$200 retirados por Sebastián Lezica, y \$366, 3½ reales en adquisiciones locales). Ricardo Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública...*, pp. 154, 156-158. Para un detalle de los títulos y los recibos, véase: José Luis Trenti Rocamora, «Primeros libros comprados...», pp. 57-64.

18 J. M. M. Blondel, *Almanaque... año 1826*, p. 124.

Independencia de la familia Larrea) existieron una gran cantidad de «lugares de venta» informales de libros, donde se mercaban todo tipo de enseres junto con una gran cantidad de impresos. Incluso la mayoría de las librerías citadas eran, al mismo tiempo, mercerías o tiendas. Es por ello que no llama la atención que Manuel Moreno haya recurrido a la tienda de Lozano para adquirir muchos de los libros que ingresaron en la Biblioteca, pues su comercio fue el cuarto en importancia durante el período 1823-1828<sup>19</sup>.

Una lista sumaria —sin incluir dos títulos no identificados— de las obras adquiridas en la tienda de Mariano Lozano es el siguiente: *Nosographie et thérapeutique chirurgicales* (París, 1821, 4 v.), de Balthasar-Anthelme Richerand; *Séméiotique, ou traité des signes des maladies* (París, 1818), de Agustin-Jacob Landré-Beauvais; *Tratado de los medios de desinfectonar el aire, precaver el contagio y detener sus progresos* (Madrid, 1803), de Louis-Bernard Guyton de Marveau; *Nosographie philosophique, ou la méthode de l'analyse appliquée à la médecine* (París, 1807, 3 v.; *ibidem*, 1818), *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale ou la manie* (París, 1800 y 1809), *La médecine clinique rendue plus précise et plus exacte par l'application de l'analyse, ou Recueil et résultat d'observations sur les maladies aiguës, faites à la Salpêtrière* (París, 1804 y 1815), de Philippe Pinel; *Traité de chimie élémentaire, théorique et pratique* (París, 1821, 4 v.), de Louis-Jacques Thénard; *Cours théorique et pratique d'accouchements* (París, 1823), de Joseph Capuron; *Medicina legal y forense* (Madrid, 1825, 5 v.), y *Lecciones de curso*, de Mathieu-Joseph-Bonaventure Orfila; *Histoire de la médecine depuis son origine jusqu'au dix-neuvième siècle* (París, 1815-1820, 9 v.), de Kurt Sprengel; *Traité de l'art de fabriquer la poudre à canon. Précedé d'un exposé historique sur l'établissement du service des poudres et salpêtres en France. Accompagné d'un recueil de 40 planches [Atlas] au trait* (París, 1811, 2 v.), de Jean-Joseph-Auguste Bottée de Toulmon y Jean-Réné-Denis Riffault des Hêtres; *Historia crítica de la inquisición en España* (Madrid, 1822, 10 v.) de Juan Antonio Llorente; *Dictionnaire de*

| Libro  | Volumen | Precio |
|--|---------|--------|
| Nosographie et thérapeutique chirurgicales                 | 4 v.    | 2.4    |
| Séméiotique, ou traité des signes des maladies             | 1 v.    | 2.4    |
| Tratado de los medios de desinfectonar el aire             | 1 v.    | 2.4    |
| Nosographie philosophique                                  | 3 v.    | 2.4    |
| Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale       | 1 v.    | 2.4    |
| La médecine clinique                                       | 1 v.    | 2.4    |
| Recueil et résultat d'observations sur les maladies aiguës | 1 v.    | 2.4    |
| Traité de chimie élémentaire                               | 4 v.    | 2.4    |
| Cours théorique et pratique d'accouchements                | 1 v.    | 2.4    |
| Medicina legal y forense                                   | 5 v.    | 2.4    |
| Lecciones de curso   | 1 v.    | 2.4    |
| Histoire de la médecine                                    | 9 v.    | 2.4    |
| Traité de l'art de fabriquer la poudre à canon             | 2 v.    | 2.4    |
| Historia crítica de la inquisición en España               | 10 v.   | 2.4    |
| Dictionnaire de  | 1 v.    | 2.4    |

FIG. 4. Libros vendidos a la Biblioteca por Mariano Lozano.

<sup>19</sup> Alejandro E. Parada, *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas; Facultad de Filosofía y Letras; Universidad de Buenos Aires, 1998, p. 23.

*chimie* (París, 1810-1811, 4v.), Martin Henry Klaproth y F. Wolff; y el *Código de comercio de Francia*.

Pero además de Mariano Lozano el librero francés Mr. G. Lacour, poco conocido hasta la fecha, proveyó una importante cantidad de libros (por un monto de 129 pesos) a la Biblioteca Pública de Buenos Aires, tales como: *Astronomie théorique et pratique* (París, 1814, 3 v.), de Jean-Baptiste-Joseph Delambre; *Traité de géodésie ou exposition des méthodes astronomiques et trigonométriques, appliquées soit à la mesure de la terre, soit à la confection du canevas des cartes et des plans* (París, 1805, 2 v.), de Louis Puissant; *Nouvelle architecture hydraulique; contenant l'art d'élever l'eau au moyen de différentes machines, de construire dans ce fluide, de le diriger, et généralement de l'appliquer de diverses manières aux besoins de la société* (París, 1790-1796, 2 v.), de Gaspard-Clair-François-Marie Riche de Prony; *De la défense des places fortes* (París, 1812), de Lazare-Nicolas-Marguerite Carnot; *Nouveau traité de navigation* (París, 1781), de Pierre Bouguer; *Traité élémentaire d'astronomie physique* (París, 1811, 4 v.), de Jean-Baptiste Biot; *Leçons de géologie données au Collège de France* (París, 1816, 3 v.), *Leçons de minéralogie donnés au Collège de France* (París, 1812, 2 v.), de Jean-Calude de La Métherie; *Théories des vents et des ondes*, de François-Célestin de Loynes-Barraud, Cher de La Coudraye; y el *Atlas coelestis* (Londres, 1753), de John Flamsteed. Por otra parte, entre los pedidos de Manuel Moreno a Mr. Lancour figuran dos obras que, al parecer, fueron demandadas pero no ingresaron al establecimiento: *Méthodes analytiques pour la détermination d'un arc du méridien*, de Jean-Baptiste-Joseph Delambre; y *Théorie de l'imprimerie*<sup>20</sup>.

En cuanto a los materiales de escritura, tanto para los usuarios como para las necesidades administrativas de la casa, probablemente Moreno los adquiriera en la conocida librería de Juan Manuel Ezeiza, tal como lo documenta el recibo que este librero le firmó al Director de la Biblioteca por una «resma de papel florete», cuyo monto ascendió a 4 pesos y 6 reales.

Otro tópico de vital importancia, aunque también en proporciones modestas, fue la adquisición de algunos periódicos de la época. En el período 1824 y 1826 la Biblioteca se subscribió a los diarios siguientes: *El Argos*, *El Republicano*, *El Defensor de la Patria*, *El Argentino*, *El Correo Nacional*, y *La Gaceta Mercantil*, invirtiendo alrededor de 50 pesos. Como se observará más adelante esta inversión era muy importante para la dirección del establecimiento, pues estaba destinada a satisfacer, parcialmente, los usos y las prácticas de los lectores.

20 Entre los libreros que tuvieron una participación activa en la venta de materiales a la Biblioteca, entre otros, debe destacarse la actuación de Antonio Ortíz. (José Luis Trenti Roca-mora, «Primeros libros comprados...», p. 63).

Por otra parte, los libros adquiridos —aproximadamente 28 títulos— permiten suponer una intencionalidad definida en la política de compras, ya que el tema predominante estaba representado por las ciencias, en especial la medicina (con 11 títulos), seguida por la astronomía, geodesia y geología (7) y, por último, por la química (2). El interés de Manuel Moreno se centraba en incrementar y actualizar un sector crítico de la Biblioteca e indispensable para el país naciente: la temática científica. Empero, no debe olvidarse que estos ingresos también representaban las inclinaciones profesionales de Moreno (médico y profesor de química) y que, sin lugar a dudas, también influyeron en sus adquisiciones bibliográficas institucionales.

Durante los primeros años de la Biblioteca, especialmente en 1810 y 1811, las donaciones fueron la principal forma para adquirir ejemplares. Sin embargo, y esta situación llama la atención, las memorias de 1824 y 1826 no registran ningún tipo de donativos impresos realizados por particulares<sup>21</sup>. El único «regalo» que se dio a la Biblioteca, en junio de 1824, consistió en varios «cajones con unos bustos», cuya identidad y ubicación última en el edificio se ignora, aunque la Dirección tuvo que pagar los gastos de traslado, los que incluyeron una «carretilla y peones».

La falta de donaciones por parte de los ciudadanos es un hecho significativo en la historia de la Biblioteca. Evidentemente, el interés por esta agencia había menguado desde su inauguración en 1812. Pero este hecho es lógico. El pueblo de Buenos Aires había hecho un enorme esfuerzo para dotar de materiales bibliográficos al primer fondo de la institución. Ahora era necesario que el Estado asignara los recursos suficientes para el desarrollo del proyecto. Esta situación ideal, lamentablemente, fracasó, debido, entre otras razones, a la delicada coyuntura político-social. En otros momentos de la historia de las bibliotecas argentinas se iba a repetir este caso. Las bibliotecas crecieron cuando se presentó una unión de intereses entre los ciudadanos y el Estado, y se detuvieron (o involucionaron) cuando los particulares abandonaron la empresa, exclusivamente, a manos del Gobierno<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> Sin bien en 1824 y 1826 las donaciones fueron casi nulas, en otras instancias de la gestión de Moreno los legados fueron muy importantes, tales como el ingreso de una notable colección de monedas y medallas griegas y romanas (adquiridas a Dufresne Saint Léon) y un valioso elenco de obras clásicas griegas y latinas, donadas por José Antonio Miralla: «impresos y encuadernados en los talleres de Bodoni, en Parma: magníficos volúmenes en folio que incluían obras de Homero, Horacio, Tibulo, Ovidio, Lucrecio, Juvenal, Tácito y Cornelio Nepote, entre los clásicos, y Tasso, entre los modernos». A esta donación se agregaban, además, ediciones impecables y valiosas de Racine, Fenelón, Boileau y La Fontaine. (Hugo Acevedo, «Reseña histórica de la Biblioteca Nacional...», p. 8).

<sup>22</sup> Alejandro E. Parada, «Crisis en la Argentina. Una respuesta desde la historia de las bibliotecas públicas», *Información, Cultura y Sociedad*, 6 (2002), pp. 7-13.

4.5. *Otros medios de adquisición de libros. Encuadernación de obras deterioradas. Procesos técnicos. Gastos menores*

La situación económica de la Biblioteca era de una precariedad alarmante, aún en una época de extensión cultural como la presidencia de Rivadavia. El mayor porcentaje de las partidas presupuestarias debía invertirse en sueldos y en mantenimiento del edificio. A esto debe agregarse una circunstancia cuyo conocimiento es ineludible: Manuel Moreno era un hombre de múltiples actividades, tanto científicas como de participación política dentro y fuera del Gobierno, lo que significaba, necesariamente, una falta de dedicación completa a sus actividades como Director de la Biblioteca, tal como la había ejercido en su momento, de cuerpo y alma, Luis José Chorroarín<sup>23</sup>.

Dentro de este marco existió, además, una forma de obtención de impresos menos científica y, de hecho, librada a situaciones fortuitas. El año de 1826 es ilustrativo en este punto, pues Moreno, sin duda alentando una estrategia para conseguir obras por medios más heterodoxos, suscribió a la Biblioteca en la compra de «una cédula» para participar en la rifa de los libros del Dr. Antonio Sáenz (1780-1825), y en agosto de ese mismo año hizo lo propio «por una cédula de libros en la lotería del Dr. Velez». La imaginación (o acaso la desesperación) hicieron que el Director del establecimiento participara en «rifas o loterías» como medios idóneos, aunque de difícil concreción, para conseguir aquello que no podía obtener ni por los deberes de un Estado con las arcas exhaustas, ni por la participación generosa de los particulares, ni por su falta de participación «full-time» en la administración de la casa.

Si bien pueden tildarse estas acciones como actos osados y onerosos (ambas participaciones costaron en total 38 pesos), con los cuales pudieron haberse adquirido algunos libros, el intento de Moreno no hace más que trasuntar la

23 El Dr. Manuel Moreno durante su gestión en la Biblioteca (1822-1828) desempeñó, entre otras tareas y nombramientos, las actividades siguientes: profesor de Química (1822), diputado por la Provincia Oriental (1826), designación como Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos (1826), nombramiento como Ministro de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires (1827), Comisionado del Gobierno ante la Convención Nacional (1828), y Ministro plenipotenciario (luego encargado de negocios) ante su Majestad Británica; sin contar, sus innumerables actividades científicas y académicas, tales como Presidente de la Academia de Medicina de Buenos Aires (1822-1824), miembro de la Sociedad Literaria, investigador y redactor de trabajos eruditos y científicos, etcétera (Marcial I. Quiroga, *Manuel Moreno...*, p. 243).

Por otra parte, el estudioso José Luis Trenti Rocamora señala otros aspectos de la compleja y polifacética personalidad de Manuel Moreno. En esta oportunidad se relata la poco clara y no muy altruista venta de libros (que fueran propiedad de su hermano Mariano Moreno, primer protector del establecimiento) por parte de Manuel, en 1813, a la Biblioteca (Cf. José Luis Trenti Rocamora, «Primeros libros comprados por la Biblioteca...», p. 59).



situación delicada en que se hallaba la institución; pobreza que, en los lustros venideros, se volvería aún más aguda y dramática.

Otra de las tareas relacionadas con las prácticas bibliotecarias es la encuadernación de los materiales deteriorados. En el período estudiado sólo se mandaron dos obras a encuadernar: la *Nouvelle architecture hydraulique* de Gaspard-Clair-François-Marie Riche de Prony y el *Catálogo de la Sala de ciencias en la Imprenta del Estado*. Se ignoran los móviles de la encuadernación del libro de Prony (había sido comprado pocos meses antes por la Biblioteca y fue dado al encuadernador Francisco Rue [sic]). Es posible que haya sido protegida ante la posibilidad de un

trato frecuente por parte de los lectores. Sin embargo, el dato de mayor interés lo aporta la encuadernación mencionada en segunda instancia, pues esta información confirma la existencia de más de un catálogo en la institución (al parecer manuscrito y en forma de cuaderno o libro), en este caso en la Sala de Ciencias y, por ende, de la posibilidad de que cada sala contara con su catálogo. El hecho brinda, además, otros aspectos de interés. En primer término, la confirmación de la marcada «orientación científica» que tuvo la Biblioteca durante la gestión de Manuel Moreno; en segundo término, y el caso es aún mucho más factible que con el libro de Prony, dicha encuadernación subraya el uso y la manipulación que se esperaba por parte de los lectores (lo que no implica, necesariamente, que haya sucedido)<sup>24</sup>.

Este hecho marca otra característica a resaltar de la administración de Moreno y, en cierto sentido, una continuidad de las preocupaciones bibliotecarias de Luis José Chorroarín: el interés por los procesos técnicos. Sabemos, gracias a las «razones de gastos», que Moreno contrató a Ángel Padilla (luego dependiente de la casa) en el período marzo-julio de 1826, para «copiar el inventario» y para trabajar «en el catálogo». De este modo, la institución trataba de



FIG. 5. Antiguo edificio de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

<sup>24</sup> El infatigable Chorroarín, durante el período 1811-1813, invirtió 442 pesos en «composturas y encuadernaciones de libros». (Ricardo Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública...*, pp. 154, 156, 158).

tener «un orden y una memoria bibliotecaria» acordes, aunque insuficientemente, con las necesidades de los lectores<sup>25</sup>.

El mantenimiento cotidiano del establecimiento requería, además, de un sinfín de «gastos menores» (caja chica) que eran indispensables para satisfacer todo tipo de necesidades. Lamentablemente, las «razones de gastos» elevadas por el Director de la Biblioteca no detallan los insumos comprados. Por el contrario, se sabe que en 1824 se gastaron 66 pesos en «gastos menores» (un promedio de 5 pesos por mes) y que en 1826 la cifra fue de alrededor de \$80 (6 pesos mensuales). Una cifra, realmente, muy exigua para las demandas diarias y muchas veces inesperadas de una Biblioteca que pasaba los 18.000 volúmenes<sup>26</sup>.

#### 4.6. *Epílogo bibliotecario a modo de conclusión*

Esta primera aproximación cuantitativa de las «razones de gastos» de la Biblioteca para los años 1824 y 1826 señala, provisionalmente, que el impulso inicial del establecimiento (1811-1821), al cual se podría denominar como Edad de Oro o período clásico de gestión bibliotecaria en la primera mitad del siglo XIX, ya presentaba signos alarmantes de deterioro e, incluso, de cierto retroceso que se acentuaría hasta la dirección del Dr. Carlos Tejedor (1853-1854)<sup>27</sup>.

25 Con respecto a la organización técnica de la Biblioteca es muy elocuente la carta que Chorroarín elevó, el 15 de diciembre de 1811, al secretario Nicolás de Herrera: «A pesar del activo y no interrumpido trabajo a que estoy entregado en la formación de los índices metódicos, y numeración de las obras por el orden de su colocación en los respectivos estantes y nichos, es de toda imposibilidad imposible que la Biblioteca se abra para el común del público el día 2 del próximo enero... La distribución de los libros, tantos y de tan diversas materias, en diferentes clases y especies, pide tiempo, y lo exige mayor el pesado y prolijo trabajo de los respectivos índices y la consiguiente numeración. Si el gobierno viese lo que he escrito en las apuntaciones individuales de tantos millares de libros que deben servir de base a la formación de los índices, y si se persuade que la colocación de ellos es obra solamente mía, lejos de extrañar demora, admiraría lo mucho que se ha hecho». (Ricardo Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública...*, p. 100).

26 Los gastos menores, también denominados «menudos, constantes o diarios», fueron en 1811, 198 pesos con 3 reales; en 1812, 155 pesos con 7½ reales; y en 1813, hasta fines de agosto, 68 pesos. (Ricardo Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública...*, pp. 154, 156 y 158).

27 Los juicios de Paul Groussac (historiador y director de la Biblioteca entre 1885 y 1929), tanto de la gestión del Dr. Manuel Moreno como de las administraciones posteriores hasta 1853, son muy ilustrativos y significativos: «Durante la dirección de Manuel Moreno, puede decirse que la Biblioteca completó su primera organización, la cual sin más cambios notables que los debidos al natural desarrollo del establecimiento, se prolongó hasta el año de 1877, en que la iniciativa del doctor Quesada preparó la transformación actual».

No obstante, dicho autor, en el mismo trabajo, comenta sobre la delicada situación del establecimiento en la década de 1820: «Durante la dirección del canónigo [José María] Terrero (1833-1837), informó acerca del estado de la Biblioteca una comisión compuesta de los señores Valentín Alsina, León Banegas y Octavio Mossorti. Comprobaba dicho informe el estado decadente de la institución, desde la dirección de don Manuel Moreno: se calculaba en más de

Hay dos hechos inequívocos de la labor llevada a cabo por Moreno. En primera instancia, mantuvo el funcionamiento del establecimiento en un momento de crisis presupuestaria; crisis, por otra parte, que siempre había sido un mal endémico en la institución, con mayores o menores vaivenes burocráticos. En un segundo momento, su dirección fue, indudablemente, una administración de «mantenimiento» ante la ingente tarea creadora y de notable desarrollo que realizó su ilustre antecesor: Luis José Chorroarín. La comparación, frente a una brillante administración anterior, siempre se torna inevitable y, en ocasiones, necesaria.

Muchos, no obstante, fueron los factores que hicieron de su gestión una dirección de «mantenimiento». El Dr. Manuel Moreno no era un bibliotecario de vocación, sino un intelectual con activa participación ciudadana y política que, en esos momentos, correspondía al ideal del hombre instruido y profesional a cargo de una institución cultural promovida por el Estado. A esta característica personal deben agregarse los cargos simultáneos que desempeñó: una pluralidad de intereses difíciles de llevar en forma pareja, continua y sostenida. Sus múltiples anhelos e inclinaciones no lo impulsaron a sentir la Biblioteca como su propia y única morada, ni a donar, desinteresadamente, gran parte de sus honorarios para solventar las carencias bibliográficas, tal como lo hicieron, en su momento, Segurola y Chorroarín. No tuvo, como este último, una vocación de fe o una inclinación casi «misionera» hacia el establecimiento. Eran, pues, otros tiempos y otros hombres. Hay personalidades que hacen y elevan a una institución, y otras que tratan de mantener, aún retrocediendo, lo alcanzado; a estas últimas corresponde la dirección del Dr. Manuel Moreno.

Pero lo esbozado hasta el momento sólo es una parte muy minúscula del universo fáctico de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: falta el desarrollo de su vida cotidiana, es decir, la aproximación, vívida y palpitante, al quehacer cualitativo.

dos mil el número de volúmenes desaparecidos desde 1823..., por otra parte, la ausencia de índices imposibilitaba todo cómputo exacto, al par que reducía notablemente los servicios... (Paul Groussac, «Prefacio»..., pp. XXVII y XXXVII).

En esta temática, delicada y compleja, la prensa periódica porteña aporta datos de gran interés. En agosto de 1827, cuando el gobernador Manuel Dorrego designó a Ignacio Grela como director suplente o sustituto de Manuel Moreno, se presentó una agria y tenaz disputa sobre el estado de la Biblioteca. Bajo el seudónimo de «Unos hijos de Buenos Aires», en una nota editada por La Gaceta Mercantil, se sostenía que el establecimiento estaba en «un lamentable abandono», y que se presentaban numerosos inconvenientes para localizar los materiales pedidos, «ya por la mala inteligencia de los bibliotecarios, ya por el desorden de los índices». Más tarde, a comienzos de 1828, el periódico citado publicó otro suelto del mismo tenor, firmado por «Un amante del bien general», donde se decía que la institución sólo acumulaba libros y que éstos carecían de «arreglo y régimen conveniente». (Alejandro E. Parada, *El mundo del libro y de la lectura...*, pp. 36-38).

# 5. LA MIRADA CUALITATIVA: UNA JORNADA EN LA BIBLIOTECA PÚBLICA DE BUENOS AIRES EN EL PERÍODO 1812-1828

Luego de recopilar la información existente en las «razones de gastos» de 1824 y 1826, y de agregar a éstas los datos que nos suministran tanto el *Reglamento* de su funcionamiento interno<sup>28</sup> (redactado en 1812 y aún vigente en 1850) como otras noticias circunstanciales aparecidas en la prensa periódica porteña de la época, es posible esbozar, dentro de un marco histórico preliminar, una jornada de trabajo en la Biblioteca Pública de Buenos Aires durante sus primeros lustros de funcionamiento. Para enriquecer dicha reconstrucción se ha agrupado en un solo discursivo muchos acontecimientos que sucedían a lo largo de un año, con el objeto de tener un panorama más detallado de la dinámica de la vida cotidiana de esa institución entre 1812 y 1828.

Una pregunta se presenta de modo insoslayable: ¿cómo se desarrollaba, en líneas generales, la cotidianidad en esa agencia social auspiciada por el Estado? Aunque los datos para abordar dicho tema son todavía escasos (el hallazgo de nuevos documentos, indudablemente, podrán aportar elementos enriquecedores), la jornada bibliotecaria de ese establecimiento fue, verdaderamente, de gran interés.

La Biblioteca abría sus puertas «todos los días del año por la mañana», a excepción de los días «festivos y semifestivos». La determinación del horario de apertura había ocasionado un debate ya legendario entre Bernardino Rivadavia y Luis José Chorroarín. El tema osciló entre discusiones y cambios epistolares, y hasta adquirió una tonalidad dramática cuando Chorroarín prácticamente amenazó, en marzo de 1812, con declinar su cargo de Director si el horario se extendía hasta las horas de la tarde. Finalmente, la turbulencia arribó a su punto más sosegado al aceptar Rivadavia las sugerencias y excusas que le propuso el presbítero bibliotecario. El horario matutino se impuso durante muchos años, aunque existieron intenciones gubernamentales por extenderlo. El asunto, además, tuvo sus coletazos, pues varias veces se planteó el problema de ajustar la apertura a las necesidades de los lectores<sup>29</sup>.

El cuadro de funcionamiento de la casa fue estipulado según el siguiente

28 Alejandro E. Parada, «El reglamento provisional para el régimen económico de la Biblioteca Pública de la capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata (1812)», *Investigaciones y Ensayos*, 50 (2000), pp. 413-440; y en Alejandro E. Parada, *De la biblioteca particular a la biblioteca pública: libros, lectores y pensamiento bibliotecario en los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, 1779-1812*, Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas; Facultad de Filosofía y Letras; Universidad de Buenos Aires, 2002, pp. 103-133.

29 Ricardo Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública...*, pp. 110-11. (Para un análisis circunstanciado de la polémica sobre el horario de la Biblioteca, véase: Alejandro E. Parada, «El reglamento...», pp. 425-428; y Alejandro E. Parada, *De la biblioteca particular...*, p. 113-116).

cronograma: en el período estival (noviembre, diciembre, enero y febrero) el horario era desde la siete de la mañana hasta las doce; en la estación más benigna (marzo, abril, septiembre y octubre), a partir de ocho hasta las doce y media; y en la estación invernal (mayo, junio, julio y agosto) desde las ocho hasta la una del mediodía. Esto significa que las prácticas y los usos de lectura estaban pautados por el rigor de un horario fuertemente cronometrado. No se trata de un problema menor tal como hoy se puede presentar a nuestra realidad. La Biblioteca carecía prácticamente de personal, tanto para controlar los servicios como para procesar los libros. La correspondencia de Chorroarín es muy elocuente en este punto. Él mismo, durante el período 1811-1813, se transformó en un «empleado múltiple», ya que sus tareas no sólo abarcaban las de un Director sino que desarrolló diligencias propias de los dependientes. Por lo tanto, la férrea limitación del tiempo constituía una cruda realidad, pues la Biblioteca corría el riesgo de no poder abrir si se hubiera extendido la jornada a otras horas distintas de las matutinas. No obstante, es necesario volver sobre esta temática: el horario de la mañana moldeó y limitó los modos y el acceso a la lectura de los usuarios de esta agencia social. Finalmente, en el período de la administración de Manuel Moreno, la atención al público, siempre dentro de la línea establecida por Chorroarín, fue durante «todos los días de trabajo por la mañana desde las nueve hasta las dos de la tarde»<sup>30</sup>.

Fueron muy interesantes las razones que, en su oportunidad, esgrimió Chorroarín para imponer la apertura matutina. Además de los motivos de su menguada salud y de la carencia de personal adecuado, las actitudes y modalidades de la lectura estaban pautadas por los usos sociales de la época en materia de alimentación. Para Chorroarín la mañana era el momento adecuado para ejercer las prácticas de la cultura impresa, y las primeras horas de la tarde, luego de la ingesta del mediodía, se reservaban «para el descanso, y para conservar la salud por medio de un ejercicio moderado que facilita la digestión de los alimentos»<sup>31</sup>. Los usos de la lectura estaban, también, modelados por el discurso (real o imaginario) de las necesidades fisiológicas; la «puesta en escena» del acto de leer no era sólo una abstracción intelectual que excluía el repertorio, huidizo y complejo, del cuerpo y sus quehaceres físicos.

Gracias al *Reglamento Provisional para el régimen económico de la Biblioteca Pública de la Capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata*, podemos saber que las autoridades de la institución velaban (o incidían) en los múltiples hábitos de escritura de los concurrentes. Desde hace unos años se ha señalado la

30 J. M. M. Blondel, *Almanaque ... año 1826*, p. 82.

31 Ricardo Levene, *El fundador de la Biblioteca Pública...*, pp. 108-109.

importancia de detenerse en las prácticas de lectura de las distintas comunidades de lectores, tanto en su vida íntima como en su faz privada, ya sea en el hogar como en las bibliotecas particulares y públicas<sup>32</sup>.

Sin embargo, no se ha hecho el suficiente hincapié en el rico horizonte de los efectos sociales de escritura<sup>33</sup>. La Biblioteca Pública de Buenos Aires suministraba a sus usuarios tinta, plumas, arenilla, atriles, tinteros, reglas y estuches matemáticos para que estos elementos obraran como aspectos vitales y complementarios de todo ejercicio lector. Así, la escritura se transformaba en la «otra voz» solidaria de los usos de la lectura. Este punto es fundamental: no se puede hablar, por lo menos en una Biblioteca pública, de modos de lectura sin apelar a los usos y maneras de la escritura. Los hombres que llevaron a cabo la realización de la Biblioteca Pública de Buenos Aires eran conscientes (¿acaso en forma inconsciente?) de esa relación íntima y dialéctica: no hay lectura sin escritura, y no hay escritura sin lectura<sup>34</sup>.

El «concurrente» solicitaba el libro a un «dependiente» (el término bibliotecario se reservaba para el Director y el Subdirector, cuando éste último estaba designado) que se lo entregaba en la sala de lectura. Es necesario, en cuanto al servicio de préstamo, destacar un aspecto de importancia: si bien nos encontramos en una Biblioteca Pública los libros sólo se prestaban en sala y bajo ninguna circunstancia podían salir fuera del establecimiento. En este rubro el *Reglamento* era elocuente:

32 Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid: Alianza, 1993; Roger Chartier, *Sociedad y escritura en la Edad Moderna: la cultura como apropiación*, México: Instituto Mora, 1995; Roger Chartier, *El orden de los libros: lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*, Barcelona: Gedisa, 1996; Roger Chartier, *El mundo como representación: estudios sobre historia cultural*, Barcelona: Gedisa, 1999; Robert Darnton, *La gran matanza de gatos*, México: Fondo de Cultura Económica, 1998 [1984]; Robert Darnton, «Historia de la lectura», en *Formas de hacer historia*, eds. Peter Burke y otros, Madrid: Alianza, pp. 177-208; *Historia de la lectura en el mundo occidental*, dirs. Guglielmo Cavallo y Roger Chartier, Madrid: Taurus, 1998; Alberto Manguel, *Una historia de la lectura*, Santa Fe de Bogotá: Norma, 1999 [1996]; Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos*, 3ª ed. Barcelona: Muchnik, 1999 [1976]; Fernando J. Bouza Álvarez, *Del escribano a la biblioteca: la civilización escrita europea en la Alta Edad Moderna (siglos XV-XVII)*, Madrid: Editorial Síntesis, 1997; Jaime Moll, *De la imprenta al lector: estudios sobre el libro español de los siglos XVI al XVIII*, Madrid: Arco/Libros, 1994 (Instrumenta Bibliologica).

33 Armando Petrucci, *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Barcelona: Gedisa, 1999 (col. LEA).

34 *Para una historia de la enseñanza de la lectura y la escritura en Argentina: del catecismo colonial a La Razón de Mi Vida*, dir. Héctor Rubén Cucuzza; codir. Pablo Pineau, Buenos Aires: Mifio y Dávila; Universidad Nacional de Luján, 2002, p. 18.

No saldrá fuera de la Biblioteca libro alguno por ningún pretexto ni motivo. Igual orden se guardará respecto a cualquier impreso o manuscrito que se hallase colocado en ella, aun cuando lo solicite una persona de la mayor representación y elevado carácter, imponiéndose el Gobierno mismo la obligación de ser el primero y más puntual observador de esta orden...<sup>35</sup>.

Había, pues, «una orden» que prohibía, perentoriamente, la salida de los libros fuera de la institución; es decir, el libro se identificaba como un objeto sacralizado por el Estado. Un patrimonio de todos que no era de persona particular alguna; las textualizaciones impresas desde el campo del uso estatal y público. Pero aún sin reconocer, desde la esfera gubernamental, su inevitable necesidad de circulación fuera de la Biblioteca, de manipulación gregaria —alentado por el propio Gobierno— en la esfera íntima y privada. Todavía no había llegado el tiempo del préstamo a domicilio en forma gratuita. Esta fue una batalla que llevó a cabo la Comisión Protectora de las Bibliotecas Populares en la década de 1870, a instancias de Domingo Faustino Sarmiento, luego de su estadía en Estados Unidos y de conocer las experiencias educativas de Horace Mann, cuando impulsó la fundación de las Bibliotecas Populares; es decir, las «bibliotecas del pueblo»: aquellas cuyo principal servicio era el préstamo domiciliario y la autoformación del ciudadano<sup>36</sup>.

En esta época nos encontramos ante una circulación restringida. No obstante, debe hacerse una aclaración. La Biblioteca Pública poseía una práctica heredada del Iluminismo: el libro estaba imbuido por una pátina utilitaria inmanente: era un objeto para ser usado por un individuo (y por los otros) en un horizonte común a todos, propio de la secularización de las salas de lectura. Compartía, por un lado, el imaginario de la instrucción pública y la pragmática del siglo XVIII y, por otra parte, mantenía sus lazos, ya más débiles pero aún presentes, de objeto impreso destinado al intercambio social (una evocación de los ecos y las voces del espacio urbano).

Las funciones de los dependientes estaban claramente delimitadas. Cuidaban por el aseo de los libros y de los estantes, tenían que atender al público con «toda urbanidad, comedimiento y agrado», velaban para que cada libro fuera colocado en su lugar luego de la consulta y, por sobre todo, debían esmerarse en el buen trato físico de las obras. Su ocupación principal se limitó a tareas de índole administrativa; empero, durante la gestión de Manuel Moreno,

35 Alejandro E. Parada, «El reglamento...», p. 434.

36 *Boletín de las Bibliotecas Populares*, 1 (1872), pp. XII, XLII, LI-LIII.

el dependiente Ángel Padilla, tal como se ha señalado, realizó tareas bibliotecarias especializadas. Por lo que es de suponer que los dependientes incursionaban, en algunas ocasiones y bajo la tutela del Director, en trabajos que demandaban un grado mínimo de técnica bibliotecaria. Este aspecto implica una novedad, pues en tiempos de Chorroarín él era quien, al parecer, procesaba los libros que ingresaban en el establecimiento. De este modo, gracias a las «razones de gastos» de 1826 podemos saber que Ángel Padilla fue uno de los primeros catalogadores de la Biblioteca Pública de Buenos Aires.

Pero el trabajo de los dependientes era mucho más variado y atareado de lo que deja traslucir el *Reglamento* de 1812. En invierno debían acarrear la leña para mantener encendidas las chimeneas, de forma tal que los usuarios pudieran leer en un ambiente más o menos tolerable; y en el verano tenían a su cargo la ventilación del edificio, en un abrir y cerrar constante de ventanas y persianas. También era de su responsabilidad el suministro de los materiales de escritura cuando lo demandaban los lectores. Esta tarea la llevaron a cabo en un comienzo, aunque no se sabe a ciencia cierta hasta que época brindaron plumas de escribir, tinta y arenilla para «salvar» la escritura. El papel, un elemento oneroso y que escapaba al presupuesto de la institución, debía ser traído por los usuarios. No obstante, entre sus trabajos más delicados estaba el de hacer cumplir las buenas maneras y el decoro de los lectores.

El dependiente debía controlar que los usuarios, al interrumpir una lectura, no doblaran o marcaran las páginas de un libro. En estos casos estaban facultados para proveer de «una cinta u otra señal» que no deteriorase el interior del ejemplar. Las funciones de policía eran muy significativas; es posible que en algunas oportunidades la relación entre los usuarios y los dependientes se haya tornado en un vínculo tenso y distante, pues los empleados eran responsables (y al parecer debían responder con su patrimonio) por la pérdida de una obra o por la desaparición de otros utensilios de trabajo. Existía también, para ciertas circunstancias, una pena máxima: si el personal se atreviera «a hacer alguna extracción clandestina» estaba condenado a ser despedido y castigado por el Gobierno.

Tutelar, cuidar, reprimir con contención, sacralizar y entronizar al libro como objeto tutelar, afanarse por su limpieza y conservación, atender con decoro, cuidar por las buenas costumbres, airear el ambiente del establecimiento, proveer los materiales propios para el ejercicio de la escritura, dar los ejemplares solicitados con pulcra diligencia, permitir el acceso a los índices de la institución cuando los usuarios lo solicitaran, colocar debidamente las obras en los anaqueles en un orden «memorizador» (cuerpo-estante-lugar), obedecer las instrucciones del Director, asentar en los «índices» las obras que entraban al



establecimiento (para perpetuar el «registro colectivo» que se tenía entonces de la cultura impresa), en fin, éstas y otras tareas de diversa índole, constituyeron la jornada de cada día de los dependientes en la Biblioteca Pública de Buenos Aires durante la época estudiada. En cierto sentido, eran los encargados de objetivar el libro y, por extensión, de dar vida a la multiplicidad de usos y hábitos; a ellos los tocaba el papel de «cosificar la lectura», de «asentarse» en la materialidad de los impresos como si estos empleados estuvieran exiliados (aunque no lo estaban en modo alguno) de la comunidad lectora.

¿Cuál era, por otra parte, el papel del Director o de un eventual Subdirector? Si los empleados se desvivían en numerosos quehaceres las autoridades se trasformaban en una especie de «hombres orquesta», pues debían encarar todo tipo de responsabilidades, tanto de primer nivel por su significativa importancia como por los detalles más nimios que hacían al mantenimiento de una institución de este tipo. Gracias a la correspondencia de Luis José Chorroarín sabemos que prácticamente dejó su salud en las ingentes y variadas funciones que ejerció en la Biblioteca. Todo lo hizo: desde colocar los ejemplares en los estantes hasta confeccionar los Índices del catálogo institucional.

¿Pero cuáles fueron las tareas que desplegó Manuel Moreno entre 1822 y 1828, en su cargo de Director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires? Sólo una respuesta es pertinente: todas, tal como sucedió con los que ejercieron ese cargo durante las primeras épocas del establecimiento. No sólo debía estar al tanto de la totalidad de los menesteres, sino obrar con rapidez e inteligencia para tratar de solucionar los problemas que aquejaban a la Biblioteca.

Para tener una idea, aunque muy somera y reducida, de las labores que llevó a cabo Manuel Moreno, detallaremos algunas de ellas a continuación. En los años 1824 y 1826 se ocupó de las diligencias siguientes: conseguir una alfombra para una de las salas de la Biblioteca; comprar leña, velas, sillas, lacre, resmas de papel florete y papel para escribir; obtener los vidrios necesarios para las ventanas del establecimiento; conseguir toallas, tinajas de agua y vasos para el personal y los lectores de la institución; contratar pintores y carpinteros para el mantenimiento general del edificio; recibir la donación de un conjunto de «bustos»; participar en rifas y loterías para obtener nuevas obras; concurrir a los

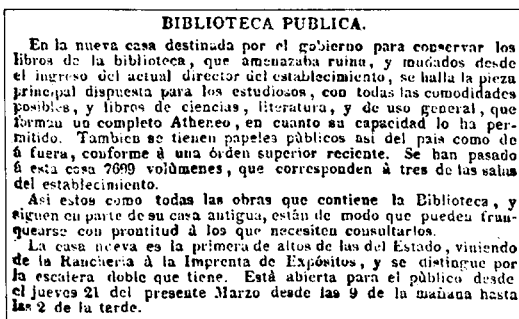


FIG. 6. Nota de la Biblioteca Pública (editada en el *Argos de Buenos Aires*, n° 19, sábado 28 de marzo de 1822).

libreros para adquirir libros; vender los ejemplares viejos y deteriorados como medio para recaudar fondos; redactar, minuciosamente, la «razón de gastos» anual de la institución; administrar el funcionamiento general de la Biblioteca (personal y bienes); ocupar a varios peones en tareas de limpieza de la casa y en la mudanza de varios estantes; llevar el detalle de «los gastos menores» que se presentaban diariamente; pagar los sueldos al personal a su cargo; confeccionar los recibos de los gastos realizados; organizar los procesos técnicos de la Biblioteca; gestionar las suscripciones en los periódicos; fiscalizar las tareas de preservación y conservación del patrimonio bibliográfico; elevar a la Contaduría General la relación de los gastos efectuados; mandar a encuadernar los libros deteriorados; velar por la higiene y el decoro público de la Biblioteca; organizar las tareas de mantenimiento del edificio; establecer una comunicación fluida con las autoridades gubernamentales para obtener los fondos indispensables que garantizaran el funcionamiento de la Biblioteca; controlar el correcto desempeño de los dependientes; cuidar por el orden y por el buen trato de las obras a su cargo; redactar «los oficios» o peticiones a las autoridades en cuanto a demandas y extravíos de libros; etcétera.

Las tareas no estaban, pues, marcadamente diferenciadas. Aunque el Director debía cumplir con el perfil de lo que hoy llamaríamos un «intelectual erudito» (imaginario bibliotecario que perdurará hasta ya muy entrado el siglo XX) la realidad se imponía con tal fuerza que la totalidad de sus funciones oscilaba en quehaceres opuestos a una dirección propiamente profesional. La característica más saliente de las prácticas bibliotecarias era, entonces, la ausencia total de funciones técnicas o especializadas. El canon del bibliotecario de ese entonces, aun en países con una larga tradición en la organización de bibliotecas, estaba dado por la *erudición empírica*, cuando no francamente vinculada a los espacios de poder del clero y de los hombres de letras con influencias.

En esta instancia histórica de fratricidas guerras civiles entre unitarios y federales, Manuel Moreno ejerció una importante participación pública, señalada por un perfil ideológico propio de un polemista aguerrido y combativo. No obstante, también poseía otro aspecto no menos interesante: fue médico y profesor de química, mostrando un marcado interés por las ciencias. Aparentemente, nada hacía presumir una posible inclinación para ejercer el cargo de Director de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Estaba lejos del perfil laborioso y de intelectualidad recoleta que había tenido el presbítero Luis José Chorroarín, salvo que era hermano de quien se consideraba el fundador del establecimiento.

En este punto se impone un interrogante: ¿por qué Manuel Moreno llegó a ser Director de la Biblioteca el 5 de febrero de 1822? La respuesta es inequí-

voca: el Estado estaba necesitado de hombres públicos con una sólida formación profesional para ocupar los cargos administrativos y burocráticos. El perfil del religioso erudito, que había ejercido una notable influencia en las grandes bibliotecas de las corporaciones vinculadas a la Iglesia Católica, ya era algo vetusto y no se correspondía con las nuevas ideas revolucionarias que se habían originado durante el Siglo de las Luces. El Director de la Biblioteca debía ser un laico con una rigurosa formación cultural; este, pues, y no otros, eran los requisitos necesarios para llenar el cargo de Director de nuestra primera Biblioteca Pública estatal.

Se trataba de un funcionario cuya autoridad no estaba ceñida al ámbito de las bibliotecas. Era un hombre cuyo «fuerte» estaba dado por el *uso y la manipulación* de los libros en el desarrollo de su formación. Un individuo familiarizado con la retórica intertextual del libro e involucrado con el centro y la periferia del campo impreso. Este aspecto no es menos paradigmático. Puesto que para abordar los modos de lectura de los hombres y las mujeres de esa época no alcanza con estudiar únicamente las representaciones de los lectores, ya que las formas de relacionarse con la cultura escrita e impresa abarcan sectores mucho más polifacéticos y complejos.

Reconstruir e identificar esas áreas constituye una labor inevitable, pues hay campos donde casi no se ha estudiado el universo de las actitudes ante el libro, tales como la influencia de las prácticas de lectura en el orden topográfico de los libros en las bibliotecas y en las librerías, o las entradas temáticas (o por autor, o por título, o por primer nombre) en los distintos tipos de catálogos. Usos y modos que en el fondo responden *al imaginario de la objetividad material de las prácticas de lectura*. O como en el caso Manuel Moreno: un profesional-bibliotecario como producto de la manipulación del universo tipográfico. Nos hallamos ante un debate pendiente, centrado en analizar los límites móviles de las prácticas de lectura. Límites que invaden con su vocación de uso no solo las maneras cognitivas conscientes, inconscientes e imaginarias, sino que además pautan, notablemente, el ejercicio del trabajo social (el de las profesiones, por ejemplo) y la sistematización del conocimiento en las bibliotecas.

Finalmente, ¿cuál era el papel que desempeñaban los «concurrentes» de la Biblioteca? Tal como se ha detallado, una vez que los usuarios consultaban los «índices» de existencias de los libros los dependientes les alcanzaban los materiales solicitados en una sala de lectura común y pública. Empero, lo realmente interesante eran las normas (también se tratan de rutinas de empleo de los recursos impresos) a las cuales estaban ceñidos los lectores. Rutinas que estaban fuertemente pautadas por el cuidado físico de los materiales bibliográficos, pero también por una precaria y bien intencionada atención al público.

Entre otros aspectos a tener en cuenta, la relación con el universo impreso poseía un sinfín de detalles de complejo discernimiento actual. Los ritos de lectura y escritura dentro de la institución estaban delineados por las habilidades e intereses del lector y por los estamentos, a veces muy rígidos, del reglamento de la institución. En primer término, una vez concluida la lectura el usuario no podía dejar los libros utilizados en la mesa o atril que ocupara, pues tenía la obligación de «entregarlos en propia mano» al empleado que se los hubiera dado, a fin de que éste los reintegrara a su lugar pertinente. Es decir, el orden de los libros, la topografía del lugar como necesidad para recuperar aquello que se había prestado, era una de las normas más importantes. Sin control riguroso, sin una asignación topográfica estricta (elementos de culto para la «instrucción del pueblo») las obras corrían el riesgo de ser extraviadas.

Pero el ámbito de la lectura pública estaba inequívocamente imbricado con la lectura privada, ya que los usuarios, en varias oportunidades, concurrían con libros propios para cotejar, de este modo, fuentes y citas. En este caso, debían dejar sus libros en la Portería y si la necesidad de estudio los llevaba a ingresar con ejemplares propios debían informar a las autoridades para obtener su permiso. No obstante, ese aspecto de elemental diferenciación entre obras institucionales y privadas, pone de relieve los tipos de lectura que se llevaban a cabo en la Biblioteca. Existían, pues, lecturas de estudio y lecturas de entretenimiento; la Biblioteca Pública obraba en varios frentes: representaba, a la vez, a varios tipos de bibliotecas, ya que atendía las demandas de los lectores comunes y de aquellos inclinados a los estudios especializados.

Además de esta diversidad de tipos de lectura muchos usuarios concurrían a la Biblioteca no precisamente para leer libros, ya que su interés se inclinaba por la prensa periódica de la época. Esta es una temática, si bien conocida, poco abordada por la historia de la cultura en la Argentina. Una multitud de factores, que escapan al presente estudio, han determinado la importancia vital que tuvo la prensa en el siglo XIX. En el Buenos Aires de ese período, como en la mayoría de las ciudades del Nuevo y Viejo Mundo, el acceso de los lectores a este tipo de impresos fue realmente muy significativo. Su precio módico (mucho más accesible que el libro), su notable facultad para ser transportado y leído en cualquier lugar, su capacidad para incorporar todo tipo de temas (desde venales hasta literarios y de feroz debate ideológico), hizo que la prensa fuera una de las prácticas de lectura más común, tanto en el ámbito individual e íntimo como público.

A través de los diarios muchos lectores cultivaron usos y manipulaciones que luego trasladarían a los libros. El diario surgió como centro de creación y de ejercicio de nuevas prácticas, tales como subrayar y cortar los textos de interés

(pues la hoja impresa estaba signada por lo efímero y no por la sacralidad que imponía el libro), doblar y manipular (hasta el extremo) la versatilidad de un formato «que se dejaba moldear» al gusto de su usuario y, sobre todo, alentar la lectura pública entre varios individuos al comentar una noticia y permitir entonces el acceso a la lectura de amplios sectores no alfabetizados.

Además de otras reglamentaciones ya conocidas o lógicas, como el castigo por el Gobierno ante un hurto (designando, a quien incurriera en ello, «ladrón de los bienes del público») o un daño físico a los bienes inmuebles y culturales, o la prohibición de señalar los impresos, o las normas elementales de comportamiento correcto y la necesidad de evitar altercados y situaciones bochornosas, los lectores tenían el derecho a introducir el debate y la discusión pública dentro de la Biblioteca<sup>37</sup>. Este matiz merece un breve análisis, pues presenta algunos aspectos inherentes a la evolución de las bibliotecas públicas durante el siglo XIX. La configuración de esta agencia estatal estuvo signada por el aporte (y a veces por la competencia) de otros establecimientos similares de la época, tales como las bibliotecas circulantes, los gabinetes y cámaras de lectura, las sociedades literarias y otros establecimientos similares que surgieron en Francia, Inglaterra y Alemania, donde la característica común estaba planteada por la «lectura pública rentada»<sup>38</sup>, vale decir, como algo propio de la esfera comercial. A estos lugares se había trasladado un aspecto vital de la cultura del siglo XVIII: el debate y la opinión en el ámbito público. De este modo, una vez que los estados nacientes hispanoamericanos proclamaron su independencia y tomaron las riendas de la instrucción pública tutelada por el Estado, algunas de estas prácticas, propias del comportamiento urbano, se mantuvieron en las flamantes bibliotecas creadas por los nuevos gobiernos para sus ciudadanos.

Por ello no es de extrañar que la Biblioteca Pública de Buenos Aires todavía mantuviera resabios de esta práctica, pues entre los servicios que brindaba a sus lectores (¿servicios o demandas de la opinión pública?) estaba la existencia de un «corredor a alguna pieza» designada por el Director para ejercer el intercambio de ideas y la discusión; un espacio de debate que había tenido sus orígenes en el campo público (de todos y con otros) de las ciudades, fundamentalmente en las plazas, los mercados, los tribunales, en las diversiones públicas, y en las fiestas religiosas y populares.

37 En este sentido el Reglamento es inequívoco: «...si algunos [concurrentes] quisieren conferenciar o contravertir [sic] sobre algún punto lo podrán hacer o en los corredores o en alguna pieza fuera de la Biblioteca que les señale el Director». (Alejandro E. Parada, «El reglamento...», p. 437).

38 Roger Chartier, *Libros, lecturas y lectores...*, pp. 152-156.

En el diario transcurrir de la vida cotidiana de un lector en la Biblioteca, además acontecían otros hechos que si bien afectaban sus prácticas ponían un poco de color local. Tal es el caso, posiblemente para eliminar a un enjambre de mosquitos fastidiosos o acaso por tareas de preservación, de la humareda que se dio al edificio en enero de 1826 y que ha quedado lacónicamente registrada por Moreno con las palabras siguientes: «por un negro ocupado un día por dar humazo, 2 pesos». En otra ocasión, en agosto del mismo año, indudablemente frente a una situación más comprometida, muchos de ellos debieron alarmarse cuando cuatro peones tuvieron que apagar «el fuego de la chimenea del Colegio» que, al parecer, aunque no es seguro, corría el riesgo de propagarse a las dependencias aledañas.

Resta mencionar a otro personaje de aparente menor importancia en la Biblioteca y que ya ha sido identificado en trabajos anteriores: el portero del establecimiento<sup>39</sup>. Individuo acaso iletrado, y que en alguna oportunidad fue un moreno que llevó a cabo sus heterogéneos trabajos con dedicación y no cierta importancia. Su tarea principal era el mantenimiento del «aseo exterior del edificio» (limpieza de calzadas y fachadas), aunque era frecuentemente solicitado para todo tipo de mandados y diligencias. Un aspecto curioso de su quehacer diario era evitar la entrada al establecimiento de los criados que acompañaban a sus amos; trabajo sin duda ingrato, pero que iba con la idiosincrasia cultural y social de los tiempos. La Biblioteca era una entidad aún estancada socialmente, que no contemplaba la movilidad social. En muchas ocasiones, como en tantas estructuras burocráticas administrativas, el portero se transformaba en una fuente de poder informal, si bien su papel no era determinante en la dinámica de la institución, sus auspicios y el de los dependientes no debieron de desdeñarse ante ciertos requerimientos para acceder a algunos impresos, tal vez, en forma furtiva.

La cotidianidad, pues, en la Biblioteca Pública de Buenos Aires durante el período 1812-1826, estaba signada por una multiplicidad de costumbres relacionadas con los usos y las prácticas de la cultura escrita e impresa. Los modos de vincularse con esa cultura, actualmente, están lejos de ser identificados en detalle; es más, estos «empleos» objetivos (físicos) y subjetivos (propios de la creación de cada individuo) son de una complejidad cuyo asedio se torna imposible. Fueron, son y serán un tema de índole borgiana: ya un *Aleph* donde todo el universo confluye en un punto, ya una especie de *jardín de senderos que se bifurcan*.

39 José Luis Trenti Rocamora, «El negro de la Biblioteca», *Nuestras Letras: publicación independiente sobre la Biblioteca Nacional*, 1 (1997), p. 1.; y en *Qué hacer con mi libro*, 5ª ed., Buenos Aires: Dunkin, 2000, pp. 69-73.

El método cuantitativo posee a su favor el estudio fáctico de la realidad a través de un cúmulo de datos que se estudian a partir de preconceptos ya existentes. En cambio, el método cualitativo parte de evidencias (no de hechos mensurables) y elabora sus propios conceptos a partir de la interpretación<sup>40</sup>. Pero en esto último radica su aspecto innovador: no busca ser una ciencia neopositiva en el fragor de la interminable creación de prácticas ante el fenómeno de la civilización impresa. Los datos nos aportan una aparente solidez que bien puede no corresponderse con la realidad. Por otra parte, la evidencia cualitativa nos brinda la posibilidad de una aproximación interpretativa de la historia y, ante todo, la instancia de reflexionar sobre cómo se relacionaron los individuos con el universo escrito y con el de la lectura. En un sentido amplio, aunque se corra el riesgo de caer en un peligroso relativismo cultural, todo es uno y lo mismo: la mirada cuantitativa y la cualitativa. Empero, la vida de los hombres y de las mujeres en su acontecer diario escapa a la frialdad de las estadísticas. En cierta medida, los hechos pueden rastrearse y caer bajo la presión unilateral de los guarismos; sin embargo, los vínculos y las voces cualitativas, signadas por los usos y las prácticas, son de difícil asedio: necesitan de las pasiones, de las manipulaciones físicas de los individuos, y de las polifacéticas prácticas con las que nos involucramos y adherimos a los objetos (sin descontar, por supuesto, nuestra propia imaginación como vehículo creador de una segunda realidad que acaso sea más real que la realidad misma). El objeto físico libro también es construido a través de nuestro propio imaginario de lo que significa un «cuerpo» para sostener y transportar el texto escrito e impreso.

La Biblioteca Pública de Buenos Aires fue una empresa que dependió del fragor y de las pasiones de los individuos que se vincularon a su desarrollo. Todo, directores, subdirectores, lectores, dependientes, porteros, libros, estantes, bienes muebles e inmuebles, materiales de escritura, reglamentos, ubicación topográfica, estuvieron vinculados con las modalidades (en forma consciente o acaso inconsciente) de los hombres en sus «capturas o aprehensiones» del ámbito manuscrito y tipográfico. No existe un acontecimiento determinado para que esas «textualizaciones» se impongan en un momento dado, ya que los usos dependen de las técnicas de elaboración del libro y del desarrollo de los medios de producción de una sociedad, pues la Biblioteca y los libros que ella cobija siempre son un reflejo —y no puede ser de otra manera— del ambiente

40 T. D. Wilson, «Recent trends in user studies: action research and qualitative methods», Berlín, Freie Universität, Institut für Publizistik und Dokumentationswissenschaft, 1980. (Projekt Methodeninstrumentarium zur Benutzerforschung in Information und Dokumentation; MIB PI 11/80), *Information Research*, 5, 3 (2000). Disponible en: <http://informationr.net/ir/5-3/paper76.html>

social en el cual estas instituciones viven, se desarrollan y mueren. Por otra parte, dichas modalidades siempre van de la mano de los primeros hábitos de escritura y de lectura, adquiridos (y afortunadamente nunca finalizados) a lo largo de una vida, sea en la familia, en la enseñanza y el estudio, en la lectura recreativa, en la carta de amor, en emplear el libro con otro fin que no sea desenvolver su «máquina de leer», en la calle a través de la lectura publicitaria, y en la vitalidad innovadora con que los analfabetos se apoderan del universo de la lectura.

Pero aún resta una última reflexión: ¿cuál era el uso de la colección por parte de los lectores? O bien, ¿en qué medida «hacían suyo», mediante sus diversas y complejas prácticas, al mundo del libro? Aunque pudiéramos evaluar la dinámica del empleo de los fondos de la Biblioteca por parte de los usuarios desde el pensamiento bibliotecario moderno<sup>41</sup>, poco o nada sabríamos de sus modalidades para apoderarse y conquistar la civilización impresa (una conquista, sin duda, con fronteras eternamente móviles y escurridizas). Tal vez, pero no es seguro, los nuevos enfoques de la investigación cualitativa constituyan la oportunidad inmejorable para abordar esta temática<sup>42</sup>. No obstante, es posible que las mejores ocasiones se presenten cuando los historiadores de la cultura comiencen a analizar documentos «menores», propios de la microhistoria, que revelen cómo los libros de una Biblioteca fueron manipulados por sus lectores. En los archivos de muchas bibliotecas existen registros que pueden dar luz en este punto. Los inventarios y la procedencia de los libros, el modo de elaborar los catálogos y determinar sus entradas, las distintas maneras de clasificar y la elección de un sistema en desmedro de otro, el orden de los libros en los estantes, las memorias institucionales, las marcas de los lectores en determinados ejemplares (marginalia), los libros solicitados, perdidos y hurtados, los registros de usuarios, las listas de desiderata para adquirir obras deseadas, los recibos de compra de diversos materiales bibliográficos, las políticas de preservación y conservación, la mirada del bibliotecario ante el mundo del lector, entre muchos temas a investigar, serían un «umbral de partida» para recuperar las representaciones impresas de los lectores que, en cierta medida, han quedado atrapadas —pero no definitivamente cautivas— en sus expediciones de captura de la cultura escrita y tipográfica.

41 F. W. Lancaster, *Evaluación de la biblioteca*, Madrid: Asociación Española de Archiveros, Bibliotecarios, Museólogos y Documentalistas (ANABAD), 1996 (col. Estudios) [ed. original en inglés, 1993].

42 *Handbook of Qualitative Research*, eds. Norman K. Denzin y Yvonna S. Lincoln, 2ª ed., Thousand Oaks: Sage Publications, 2000.



## RESUMEN

*Se aborda en este trabajo una aproximación preliminar al estudio de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (inaugurada en 1812) durante sus primeros años de funcionamiento. El enfoque de la contribución se centra en el análisis de la gestión (administración), la vida cotidiana y los usos bibliotecarios de esta institución en los años 1824 y 1826, cuando era su Director el Dr. Manuel Moreno. Gracias al hallazgo de las «razones de gastos» de esos años (Memorias anuales) en el Archivo General de la Nación, es posible reconstruir las prácticas de dicho establecimiento. Entre otras conclusiones provisionales se señala la importancia de los usos impresos y de su influencia en el orden y en la memoria de las bibliotecas, la delicada e íntima relación que existe entre escritura y lectura, y la riqueza de las prácticas para apoderarse del universo tipográfico.*

## PALABRAS CLAVE

bibliotecas públicas, usos y prácticas bibliotecarias, lectores, prácticas de lectura, historia de las bibliotecas, historia de la lectura, Biblioteca Pública de Buenos Aires – 1812-1826, vida cotidiana, gestión bibliotecaria, teoría de las prácticas de lectura, historia cultural de las representaciones impresas, escritura, lectura, libros, relaciones entre escritura y lectura, Argentina, siglo XIX

## ABSTRACT

*This work offers a preliminary approach to the study of the early years of the Public Library of Buenos Aires, founded in 1812. It analyses its administration, daily life, and professional dimensions during 1824 and 1826, when Dr Manuel Moreno served as its Director. Location of the «expense accounts» from those years in the Archivo General de la Nación (General Archive of the Nation) allows the reconstruction of the library's practices. Its preliminary conclusions highlight the importance of printed materials and their influence on the order and memory of libraries, the delicate and intimate relation between reading and writing, and the wealth of practices designed to take possession of the typographical universe.*

## KEYWORDS

public libraries, library uses and practices, readers, reading practices, history of libraries, history of reading, Biblioteca Pública de Buenos Aires - 1812-1826, daily life, library management, theory of reading practices, cultural history of printed representations, writing, reading, books, relations between writing and reading, Argentina, nineteenth century.